Tomo 7

REPERTORIO AMERICANO

Núm. 9

SAN JOSÉ, COSTA RICA 1923 LUNES 19 DE NOVIEMBRE

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

La defensa de la escuela laica

Los católicos de Bélgica acaban de triunfar en las elecciones generales de renovación parlamentaria, con un programa cuyo fundamento es la oficialización indirecta, pero no menos efectiva, de las escuelas confesionales de ese credo. El objeto es hacer competencia por medio de subvenciones nacionales que sumarán muchos millones de francos, a las escuelas laicas costeadas por las municipalidades liberales y socialistas, o sea, en términos más generales, la propaganda de la religión por medio de la escuela.

Este triunfo es un resultado parcial de la campaña emprendida en todo el mundo por los católicos para la reconquista de la escuela fiscal cuya neutralidad en materia religiosa es también un fundamento del liberalismo. Desde unos pocos años ha, los católicos forman en el mundo entero, sin exceptuar los mismos países protestantes, el núcleo de concentración de los elementos reaccionarios que representan el orden social, contra los que quieren transformar este estado de cosas, en algo mejor para todos los hombres; y como aquella concentración es, sin duda, una fuerza, sus elementos más representativos, o sea los católicos, procuran sacar de ella todo el provecho posible, empezando por el de dominar la escuela que es la fábrica de la sociedad futura.

Obligados por la crítica y la acción directa de las masas obreras, a quitarse la careta de liberalismo metafísico y doctrinario bajo la cual encubrían su naturaleza inevitablemente despótica, las instituciones se han puesto o van poniéndose en todas partes al servicio de la reacción, hasta demostrar con ello que mientras sea necesaria, o mejor dicho fatal, la existencia del gobierno, el éxito posible de los elementos liberales consiste en obligarlo a permanecer neutral ante el dominio de la libertad privada. Lo que interesa es que el gobierno prescinda, y esto con mayor razón en el campo de la conciencia que en el de la política electoral; de manera que la tal prescindencia viene a constituir la más sólida garantía de libertad. Por ello es de la más alta conveniencia mantener la neutralidad religiosa del estado en la escuela, o sea la igualdad del derecho a creer, para todas las conciencias, y como este verbo «creer» define la totalidad del espíritu, dado que todas nuestras facultades y enseñanzas producen por fruto definitivo una creencia, vale decir, el sistema personal de pensar y proceder, el asunto interesa a todos los espíritus liberales, desde el filósofo hasta el obrero, imponiéndoles el deber de contribuir a establecer la neutralidad y defenderla donde se encuentre amenazada.

La igualdad de conciencia, que es, así, la fórmula práctica de la libertad, por cuanto ella garantiza a cada individuo la facultad de formarse un sistema de pensar y de proceder conforme a su razón, produce este otro resultado, también precioso, de la escuela neutral: que ella sólo enseña la verdad demostrada. Con esto, da a todos los ciudadanos el mismo incontestable fundamento para raciocinar, o sea para formarse con sus propios medios su sistema de pensar y de proceder; y esto, no por la fuerza impositiva de un dogma o de una autoridad sino por el método científico que consiste en una serie de proposiciones cuya aceptación corresponde a cada espíritu, siempre que le resulten racionalmente aceptables; es decir, por medio de la demostración y de la experiencia. Así, la libertad humana es el principio, el método y el objeto de la enseñanza.

En la escuela confesional impera un dogma, es decir, una obediencia que no admite contralor experimental ni raciocinio; antes rechaza estas operaciones que constituyen la diferencia superior del hombre en el mundo animal del que físicamente forma parte, como faltas posibles del mayor castigo; o sea de la condenación eterna. Todo espíritu que vea en este método de enseñanza un mal, y en la neutralidad un bien para la libertad humana, no puede permanecer indiferente a dicho problema, allá

(Pasa a la página 130).

HOY, COMO AYER

La calumnia y los hombres públicos

Siempre se ha calumniado a los hombres públicos. Pero, sobre todo, a los caudillos revolucionarios y a los jefes liberales. Las figuras representativas de la democracia han sido las predilectas de la calumnia.

Los hombres de la Revolución francesa fueron calumniados por sus contemporáneos, primero, y después, por la Historia. ¿Qué no se dijo, por ejemplo, de aquel terrible Marat? Según madame Roland, era un monstruo sin nada de común con la Naturaleza humana. La posteridad recogió ese juicio. Saint Beuve lo considera como un energúmeno. Carlyle le llama «médico de caballos», «médico de perros», y añade: «hombre repugnante, exterior e interiormente; hombre maldito, engendro cruel de la Naturaleza». Sin embargo, aún concediendo que «este» Marat sea rigurosamente histórico, no es «todo» Marat. Fuera de la política tormentosa de la Revolución, Marat es un hombre de ciencia, un investigador de verdadero mérito. Médico del conde de Artois, reunía la clientela más elegante de París e hizo curas que extendieron su celebridad al extranjero. Sus investigaciones sobre el fuego, la luz y la electricidad le dieron una reputación científica de primer orden; varios de sus trabajos merecieron ser premiados por las Academias, y contemporáneos suyos, dentro y fuera de Francia, le prodigaron los mayores elogios. ¿Quién, leyendo a sus detractores, se imagina a Marat—, que, según Taine, no decía ni escribía más que cosas grotescas—, naturalista, inventor, colaborador de las más importantes publicaciones científicas de su tiempo, elogiado por hombres como Le Sage y Buffon, admirado por Franklin, citado por el gran Goethe como un innovador, como un revolucionario de la ciencia?

No fué menos calumniado Danton. Los hijos del grande hombre, abrumados por la opinión, renunciaron al glorioso apellido y fueron a ocultar su vergüenza en el fondo de una provin-

cia. Todavía Taine, a quien la lejana perspectiva histórica debía ofrecer, sin embargo, alguna serenidad, tiene a Danton por un bandido, capaz de abrazar a Marat y de fraternizar con borrachos, hombre, en fin, que sin la Revolución probablemente hubiera muerto ahorcado. Taine pretende demostrar que Danton robaba con el siguiente razonamiento: En su contrato matrimonial, en Junio de 1787, declaró no poseer bienes más que por valor de doce mil francos, y su mujer no le aporta sino veinte mil de dote. Desde 1787 a 1791 debió ganar muy poco, entregado como se hallaba en cuerpo y alma a la política. No obstante, al morir dejó setenta y cinco mil francos en bienes nacionales, adquiridos en 1791. ¿No es evidente que era un ladrón? Probablemente—, añade Taine, —tenía, además, otras propiedades y valores a nombre de otras personas. No ignora el apasionado historiador que la probidad de Danton es afirmada por escritores respetables con documentos de que no se puede prescindir. Pero—, dice—, «la discusión sería demasiado larga».

No sabemos lo que la posteridad dirá de los hombres representativos de la Revolución rusa. Acaso concluya por hacerles la justicia que la democracia francesa hizo a Danton, reconociéndose en su genio como en su gloriosa estirpe y dando su nombre a uno de los primeros «acorazados» de la República. Entre tanto, los contemporáneos se esfuerzan en rodear a la Rusia de los Soviets de una aureola siniestra, presentando a sus caudillos como unos monstruos de crueldad. Mientras las mujeres de los jefes comunistas ostentan impúdicamente las joyas más brillantes del Imperio, los sabios y los próceres del antiguo régimen se ven obligados a barrer las calles de Petrogrado y de Moscou...

No es menester ser un caudillo revolucionario para merecer la calumnia. Basta ser un político radical de prestigio y de influencia. La calumnia hirió a Gambetta, alma de la defensa nacional en 1870 y fundador de la República. La calumnia escogió por víctima a Clemenceau, como si quisiera frustrar sus altos destinos. Para socavar en sus cimientos las instituciones republicanas, se apeló a la vil impostura del proceso Dreyfus. Y cuando, en los días angustiosos de la gran guerra, la locura nacionalista y reaccionaria exigió una víctima ilustre, le fué entregada la reputación de Caillaux.

También en la historia del liberalismo español desempeñó su papel la calumnia. Ella esterilizó el impulso generoso y la capacidad de trabajo de Mendizábal. A ella debió las mayores amarguras de su vida el bueno, el noble, el honrado Olózaga. No era ningún demagogo Salamanca, y no le perdonó la calumnia el querer transformar a Madrid, haciendo de un villorrio manchego una urbe europea...

Ni aún los hombres más austeros de la izquierda se vieron en España libres de la difamación. A Salmerón, integérrimo, se le reprochaba la cuantía de sus minutas. El gran Pi y Margall fué nada menos que un filibustero para la patriotería de 1898. A Castelar, que estuvo a punto de verse complicado en las andanzas de un peligroso «amigo», se le atacaba en su vida privada. El venerable Pablo Iglesias, cuyas altas cualidades no han sido reconocidas hasta que la enfermedad le apartó de la lucha, era un farsante del socialismo, que viajaba en «primera», envuelto en un magnífico gabán de pieles, a costa de los obreros...

Y lo más triste es que la calumnia y la difamación encontraban fácilmente eco en la credulidad de los hombres buenos y sencillos... Así contribuían los cándidos, ingenuos progresistas a dar el triunfo a sus adversarios... Así se destrozaba el republicanismo y se dificultaba la organización obrera... Así hacía el buen pueblo el juego a sus enemigos.

ALVARO DE ALBORNOZ

(La Libertad. Madrid).

La defensa de la escuela laica...

(Viene de la página 129).

donde exista; porque en ello va el porvenir de sus hijos y de su patria, amenazados de la más horrenda tiranía, o sea aquella que uno lleva en sí mismo por incapacidad de ser libre: la tiranía permanente e irrevocable.

Ahora bien, educados en la intransigencia dogmática e inducidos por la tendencia abusiva peculiar a todo gobierno, los liberales suelen incurrir a su vez en el error de atentar contra la libertad de enseñanza, que es un fundamental derecho paterno, so pretexto de defender las instituciones. Con el mismo objeto, los católicos pretenden imponer la enseñanza religiosa; por donde se ve claro que para unos y otros, la defensa del principio gubernativo, o dogma de obediencia, es más importante que la escuela, desde que la toman como instrumento, cuando en realidad la escuela es la suprema función social de los pueblos libres.

Las constituciones más liberales, especialmente la nuestra, reconocen sin limitaciones el derecho del hombre a enseñar y aprender. Por esto, aquélla lo enumera entre los que atañen a los habitantes—no ciudadanos—del país. Ahora bien; ese derecho, como todos los que formulan el ejercicio de la libertad de pensar, no admite limitaciones, del propio modo que la publicidad hablada y escrita. No puede imponérsele restricciones preventivas, sin violación inmediata del fuero interno, inaccesible a toda ley, y del derecho paterno a educar los hijos sin intervención ajena. Y esto, porque la libertad de pensar es el único bien absoluto que el hombre posee, al constituir su diferencia específica, su única condición esencialmente diferenciadora en el mundo animal. Suprimirla o limitarla equivale a abolir la condición humana del hombre; porque limitar y suprimir es la misma cosa, cuando se trata de una facultad cuyo desarrollo indefinido y peculiar a cada hombre, es lo que produce la averiguación de la verdad. En cualquier punto donde se limite esa función, la verdad puede quedar oculta con perjuicio de la humanidad entera, y la experiencia histórica nos ha revelado que esto no es una simple conjetura. Nadie, y menos el Estado, que no es por cierto una facultad de ciencia ni de filosofía, conoce las leyes del pensamiento como para tener derecho a limitar esta función; y puesto que sus manifestaciones objetivas, es decir, apreciables legalmente, redúcense a la expresión hablada y escrita, la ley no puede racionalmente intervenir, sino una vez producido el fenómeno. Entonces, si hay abuso de la libertad, daño causado a tercero, interviene para reprimir el delito cometido por medio de la publicidad: calumnia, injuria, etc.

Del propio modo, si una escuela particular contraviene las disposiciones vigentes para los locales públicos, en lo concerniente a la higiene y a la moral; o si maestros extranjeros enseñan en ella, por ejemplo, la traición a la patria, interviene la ley para castigar el delito que se ha cometido, abusando de la libertad de enseñanza. Pero no deberá hacerlo porque en esa escuela se enseñe una religión cualquiera o se la critique, o se haga lo mismo con las instituciones y con las leyes del estado, desde el sistema de gobierno vigente hasta las leyes financieras, pues, conviene no olvidarlo, la traición a la patria consiste tan sólo en entregarla o pretender entregarla parcial o totalmente al extranjero. En cambio, no podría prohibirse la crítica de la idea de la patria.

Por último, si un padre indigno enseña a su hijo el robo, el asesinato, la prostitución, la ley interviene también para reprimir este abuso; pero, generalmente, está obligada a reconocer que por el cariño, el desinterés y la intimidad de relaciones, el padre es más apto que el Estado para encaminar la educación de sus hijos. El tiene la libertad absoluta de elegir la escuela y el sistema de educación que crea mejor. El Estado no puede hacer otra cosa que ofrecerle la escuela y el sistema que los técnicos oficiales tengan por mejores, e imponerle la obliga-

ción de educar; pero nunca obligarle a educar de éste o de aquel modo.

Mas, como el Estado adoptó un sistema de enseñanza que cree ser el mejor, no puede racionalmente certificar las aptitudes que el aprendizaje comporta, sino cuando éste se ha efectuado conforme a aquel sistema. O en otros términos, no puede certificar sino la enseñanza que él ha dado; y esto, sea como una consecuencia de los cursos seguidos en sus escuelas, sea como un resultado de exámenes rendidos ante sus comisiones examinadoras, y con arreglo al sistema en cuestión.

Esto, que parece tan claro y tan justo, el clericalismo quiérelo de otro modo. El Estado debe certificar los estudios de las escuelas confesionales, o sea declarar buena o mala una cosa que ignora, pues de tal modo entienden los clericales la libertad de enseñanza. Para esto se inventó la incorporación de los institutos particulares a la enseñanza oficial, o sea, el derecho del Estado a intervenir en dichos institutos, imponiéndoles programas, direcciones y dotaciones consiguientes: en dos palabras, la supresión de la libertad de enseñanza. Tan cierto es esto, que allá donde el Estado hacía efectiva su intervención con el escrúpulo debido, los clericales clamaban contra la persecución, porque su objeto al inventar las incorporaciones, era aprovecharse de la habitual incuria del Estado, o de su apoyo clandestino para obtener certificados de estudios bien distintos y casi siempre muy inferiores a los realizados en la escuela fiscal.

Los liberales adueñados del gobierno, en Francia, por ejemplo, no han sido, habitualmente, más respetuosos de la libertad. Tengo a la vista un modelo característico, en el proyecto de ley que para la defensa de la escuela laica ha presentado al parlamento el actual ministro de instrucción pública, M. Guist'han, un moderado de la escuela acomodaticia de M. Briand.

Este proyecto, que sin duda será votado con modificaciones aun más radicales, pues no obstante su carácter inquisitorial muchos diputados lo hallan débil todavía, refiérese a la enseñanza privada libre, pues los institutos incorporados a la oficial, siguen, naturalmente, los programas y la orientación que ésta les impone.

Véase ahora cómo entienden la libertad de enseñar los estadistas radicales. Trátase del capítulo II del proyecto, destinado al «contralor de la enseñanza privada».

El artículo 1º declara que las escuelas primarias de dicha enseñanza han de dividirse en maternales (jardines de infantes), clases infantiles, escuelas elementales, cursos complementarios, escuelas primarias, superiores y cursos de adultos. No hay, pues, libertad para clasificar ni dividir la enseñanza conforme a otros sistemas. El estado impone el suyo.

Veamos ahora lo que concierne a los agentes de la enseñanza:

Nadie puede dirigir una escuela privada ni ejercer las funciones de maestro en ella, si no llena las condiciones titulares establecidas por la ley.

Estas condiciones son las concernientes a la formación de maestros, conforme al sistema oficial. Es decir, que en las escuelas privadas no puede enseñarse sino como el Estado enseña en las suyas.

Las mismas disposiciones rigen para todos los directores y maestros que deben enseñar en las escuelas enumeradas más arriba, porque, según se desprende de tan monstruosas disposiciones, el Estado es quien posee exclusivamente la capacidad de acreditar aptitudes para la enseñanza.

No paran aquí las obligaciones fiscales.

Artículo 6º Ninguna escuela privada puede recibir niños de ambos sexos, sin autorización del consejo dspartamental, cuando exista en el mismo lugar una escuela de niñas, privada o pública. Los directores de escuelas elementales pueden anexar a sus establecimientos una clase infantil, mediante declaración a la autoridad académica y siempre que no exista en el mismo lugar otra clase infantil pública.

El derecho de elección de los padres a la coeducación, que muchos prefieren, y que es, en efecto, utilísima durante la infancia, así como a la enseñanza privada allá donde existan ésta y la fiscal, queda subordinado a las prescripciones, por otra parte muy discutidas, de una ley.

Los instrumentos de enseñar, no escapan a la tiranía, y esto es lo más odioso porque suprime directamente la libertad de la prensa.

Artículo 7º Los directores de escuelas primarias y privadas, deberán comunicar por lista a la autoridad académica, antes de ponerlos en manos de sus alumnos, los libros de enseñanza que se usarán en la escuela, indicando el nombre del autor, la dirección del editor y la fecha de la edición. El mismo procedimiento concierne cada vez que haya de usarse un nuevo libro.

Artículo 8º Todos los inspectores de enseñanza tienen derecho a hacerse presentar en las escuelas privadas los textos y los cuadernos en uso, así como a dirigir todas las preguntas que consideren necesarias para verificar los estudios.

Esta inquisición de los textos obedece al objeto de defender la república, o sea el dogma de obediencia a que se encuentran sometidos los franceses; exactamente como lo haría el rey, si aquel dogma asumiera la forma monárquica. Porque los católicos, contra quienes toma el Estado esas precauciones, no tienen derecho de criticar a la república, ni pretender formar una convicción monárquica en el ánimo de sus hijos, dentro del dominio «privado» de las escuelas que ellos mismos costean. He aquí la invasión abusiva del estado sobre los mismos que la pregonan cuando son ellos los que mandan, a pesar de estas amargas experiencias. Porque está en la naturaleza íntima del gobierno, y es su objeto específico, la imposición de reglas de conducta por medio de la fuerza; dimanando de aquí que el interés de los hombres libres consiste en obtener y sostener su neutralidad.

Por último, el proyecto consagra un brevísimo capítulo de dos clausulas a «la defensa de la escuela laica»:

Será castigado con prisión o multas todo aquel que por medio de violencias, amenazas o abuso de autoridad, determine a los padres o tutores del niño a retirarle de una escuela pública o a impedir su participación en los ejercicios reglamentarios.

Perfectamente, si no fuera porque el abuso de autoridad concierne a las predicaciones y pastorales de los sacerdotes, obispos, etc., que en uso de su derecho ilimitado a la crítica, aconsejan contra el envío de los niños a la escuela fiscal, donde se da una enseñanza que ellos consideran perniciosa, o declaran inaceptable para un católico determinados textos: exactamente lo que pretendían hacer los liberales con la biblia y con los catecismos, cuando la inquisición les impedía hacerlo. Y a esto se llama defensa de la escuela laica.

No; esto es, sencillamente, la ofensa legalizada de la libertad de pensar. La violación más palmaria de la neutralidad.

Y es que el problema no está ahí. El consiste puramente en que el Estado reconozca la libertad de enseñar, sin limitación alguna, y sin mezclarse para nada en ella, excepto cuando su abuso comporte un delito común. Para nada, ni para vigilar ni para titular, como no debe meterse en las imprentas, ni en las iglesias, ni en los comités políticos. Que las escuelas privadas enseñen como lo entiendan mejor, y titulen en consecuencia a sus alumnos. El pueblo será, en la práctica, juez único en la validez de esos títulos. El Estado no tiene que saber absolutamente nada con aquellos alumnos, excepto cuando ellos mismos quieran incorporarse a la enseñanza fiscal, por seguirla u optar a sus títulos, por medio de exámenes o disciplinas que los vinculen a dicho sistema. Este debe limitarse a ofrecer la escuela mejor y la más barata, que con ello el pueblo lo preferirá. Y si hay disidentes, es porque siempre los habrá, y porque es una consecuencia de la libertad que los haya.

La escuela no es un elemento destinado a la propaganda política o religiosa, vale decir al sostén de tales o cuales instituciones de estado o de conciencia, sino a la enseñanza de la verdad demostrada por medio del método científico, con el objeto de proporcio-

nar o cada individuo la facultad de auto-gobernarse por medio de la razón; o en otros términos, de llegar con un método análogo, por no decir filosóficamente igual, a la formación de una creencia que será su sistema de pensar y de proceder.

Con esto, la libertad de enseñar resulta ser el medio conducente a la libertad de aprender, como lo expresa nuestra constitución bajo una evidente intención filosófica. La razón de la libertad de enseñar, es la libertad de aprender. Y siendo así, resulta monstruosa toda limitación al respecto. ¿Quién se atrevería, sin cometer la más tremenda iniquidad, a limitarme la libertad de aprender? Pero yo no aprendo si no me enseñan, porque aquella libertad es correlativa de esta última; de manera que limitarla, es ofenderlas a las dos.

Los sectarios me dicen que no debo aprender sino lo bueno. Pero ¿quién determina lo que es bueno? No será, seguramente, el estado, que no constituye autoridad moral ni científica. El Estado tiene que limitarse a fomentar la adquisición de la verdad demostrada. Prácticamente, esto es para él lo bueno.

Y he aquí por qué y cómo debemos defender la enseñanza neutral, atacada en este momento por los clericales del mundo entero. Con todos los defectos circunstanciales que presenta aquí y allá, ella es el elemento precioso cuya salvación interesa en primera línea. Precisamente, los sectarios se prevalen de esos defectos, y porque un obispo publica una pastoral excesiva o un liberal comete fallas de administración, créense autorizados a atentar contra la libertad que es bien de todos. Para un espíritu libre, el caso es bien distinto. Lo que le interesa es la libertad, aunque sea con liberales incorrectos y con obispos intemperantes, pues siempre resulta mejor la libertad defectuosa que el despotismo perfecto.

LEOPOLDO LUGONES

París, 1912.

"Matriotismo"

En un reciente escrito autobiográfico del filósofo alemán Leopoldo Ziegler leemos, hablando de lo que el filósofo debe hacer: «Como hogar escoja su *matria* Europa, pues su patria no puede escoger, y cuanto más osadamente nieguen a aquélla los pueblos fraternalmente enemigos, tanto más honda lealtad debe guardarla».

En este pasaje de Ziegler, en rigor intraductible, hemos vertido «hogar» por *Heimat*, «patria» por *Vaterland*, o sea tierra-padre, y la expresión *Mutterland*, o sea tierra-madre, que el filósofo aplica a Europa, la vertimos por *matria*. Y sobre este neologismo hemos de decir dos palabras.

En rigor, no hacía falta introducirlo, debido a que *patrio* es un adjetivo que se refiere a lo que llamamos los padres, o sea padre y madre, y no implica sentido ninguno sexual. «Padres» suele querer decir lo que en latín *parentes*, los que le engendraron y criaron a uno. Así como hombre *(homo)* es tanto la mujer como el varón, y humanidad es la cualidad de ser hombre, o sea animal racional. La razón es, pues, el distintivo del hombre.

Schopenhauer salió con aquello de que la voluntad se hereda del padre y la inteligencia de la madre, o sea que aquélla es cosa masculina y ésta femenina. Y el mismo Schopenhauer, que admiraba a los españoles por suponerlos poco inteligentes o poco racionales, citaba con elogio aquel nuestro modismo que indica de dónde nos brotan las voliciones puras, es decir, irracionales. Pero éste es un concepto pesimista.

La voluntad, la verdadera voluntad, el querer racional y humano, no es ni masculino ni femenino ni neutro; es racional. Pero no sabemos bien por qué nos place poner la racionalidad más bien bajo la egida de la madre. Y *matria*, la *Mutterland* del filósofo alemán, nos place llamar al hogar colectivo de la inteligencia.

Dentro de pocos días se celebrará esa fiesta oficial, lo que vale decir ordenancista y litúrgica y formularia, de la raza, y otra vez más debemos preguntarnos qué es la raza.

No un concepto animal, fisiológico, somático, natural, sino un concepto racional, psicológico, espiritual, histórico. Esa raza cuya fiesta se quiere celebrar el día 12 de Octubre está, sobre todo y ante todo, caracterizada por la inteligencia, por la inteligencia bien caracterizada. Lo que ha de unir a los pueblos todos que hablamos la misma lengua, la castellana, es la inteligencia. No sólo se habla, sino que se piensa y se siente en una lengua.

Siempre, y ahora más que nunca, hay que proclamar la primada de la inteligencia, que es humana, por encima y por debajo de groseras categorías sexuales. Son Don Quijote, el casto, y su Dulcinea los que nos unen a los pueblos que en la lengua quijotesca pensamos y sentimos, y no el botarate de Don Juan Tenorio, el calavera, el peliculero, el que pudo inspirar a Schopenhauer sus ideas sobre los españoles.

Es la inteligencia la que tiene que unirnos y es la inteligencia la que salva a los pueblos. Es la inteligencia la raíz del *matriotismo*. Ni las buenas intenciones—de que dicen está empedrado el infierno—ni la osadía sacan a pueblo ninguno de la abyección.

No es que para salvar a un país haga falta ser sabio. Sabio, no; ¡pero inteligente, sí! Un ignorante, que sabe lo que es, que sabe entender al que sabe más que él, basta. Es decir, un discreto.

Sarmiento, uno de los más grandes representantes espirituales y humanos de nuestra raza, el debelador de Rosas, escribió su obra inmortal bajo el título de *Civilización y barbarie*. En ella marcó para siempre el estigma de la ignominia en la frente del caudillaje de las montoneras selváticas, de la bárbara plebe campesina comida por la envidia a la inteligencia. Y es que la América española ha conocido el azote de los salvadores de la naturaleza del carnero, con el seso de éste y con su contraseso también. Porque nada hay en el reino animal tan característico como el macho de la oveja.

En ese día de la Fiesta de la Raza tenemos que proclamar los hombres españoles—en los *hombres* se cuentan las mujeres—que es la inteligencia lo único que puede unirnos a los que en la misma lengua pensamos y sentimos. Y debemos proclamarlo frente a los carneros de aquende y allende el Atlántico.

La raza es, como la inteligencia, madre. El amor de la madre es el más racional de los amores y el más inteligente.

Schopenhauer, al pretender exaltarnos, nos deprimía; Schopenhauer nos insultó. Y esto conviene que lo sepan nuestros hermanos de América. No fué el bárbaro de Pizarro, un carnero, el que conquistó espiritualmente el Perú, sino que fué D. Pedro de la Gasca, el letrado, el inteligente, el hombre de seso. Y el hombre de valor. Porque el valor es inteligencia.

Solo la inteligencia puede salvarnos.

MIGUEL DE UNAMUNO

(Nuevo Mundo, Madrid).

Plus ultra

TRES son las etapas sucesivas de la civilización. Primeramente fué mediterránea; continuó siendo atlántica y terminará siendo pacífica. ¿Terminará siéndolo en efecto?... ¡Plegue a Dios que así sea!

La historia clásica desarrollóse bordeando las cuencas del Mediterráneo. Comenzó en la más oriental de las tres y terminó en la más occidental. Egipto, Asiria, Persia, Fenicia y Judea iniciaron la historia con el esplendor de su organización hierática, sus lentos siglos de leyenda, sus sátrapas opulentos, sus guerreros terribles, sus monumentos ciclópeos, sus faraones extáticos y sus naves codiciosas que, al decir del profeta Ezequiel, convirtieron a Tiro en el bazar del mundo.

Más tarde, al saltar de Asia a Europa, la civilización tornóse individualista, libre y humana. Las penínsulas griega e italiana, patrias del «antico valore», como cantó Petrarca, impusieron su situación geográfica privilegiada a la historia. Más tarde aún, el genio griego, difundido por el mundo, merced a la obra latina de síntesis y unificación, colaboró íntimamente con el monoteísmo israelita y preparó el auge de la idea cristiana.

Obsérvese que el Mediterráneo es el golfo más grande del planeta. Ningún otro mar interior tan vasto como éste. Como si, al iniciarse la historia, no hubiera sido oportuno esparcir por el mundo la semilla de la cultura humana; como si la Providencia amparase y contuviese en un recinto cerrado y benigno, en el seno del viejo Continente, el tesoro de la civilización, para después abrirle ancha esfera de actividad sobre la dilatada extensión insondable del Océano.

Aun no había desempeñado su papel preponderante en la obra secular de las gentes la península más occidental del Mediterráneo. Iberia enclaustrábase en los límites de la vieja civilización. Sobre las Columnas de Hércules ostentábase la hermética divisa «Non plus ultra». El Universo, en su mayor parte, era una incógnita casi absoluta para los pueblos predilectos de la inteligencia. Europa bañábase en su pequeño y milagroso mar y en él ahogaba, celosa o impotente, su genio.

Sonaba, puntualmente, la hora de la ampliación definitiva de la historia. Era el instante de la mayor expansión espiritual del mundo, desde los lejanos días de Pericles. Al «milagro griego», que dijo Renán, nada podría equipararse sino esa otra estupenda floración de ingenios que, con el mismo derecho, podría apellidarse el milagro florentino, el milagro italiano del Renacimiento. La Atlántida iba a revelarse, gracias al genio de un hombre y la audacia de un pueblo. El genio era Colón y el pueblo España: ¡Plus ultra!

En las tierras de Asia y Africa, la obra europea resultaría siempre exótica. En las nuevas regiones de esta gran Colombia iban a centuplicarse las posibilidades de éxito de la acción occidental. Europa llegaría a ser la dueña del mundo cuando desenvolviera y unificara, con sus recursos espirituales, el esfuerzo del continente descubierto, y prohijara en las vastas regiones americanas nuevos pueblos que tornasen a intentar, con la osadía de sus mayores, el vuelo arcano de Psiquis sobre la tierra absorta; nuevas Españas y Portugales e Inglaterras nuevas que, sin renegar jamás de su origen, multiplicaran, con los atributos de su propia personalidad colectiva, los matices de la elaboración hermana y respondieran con nuevas creaciones y heroísmos al heroísmo creador de las razas conquistadoras.

España abría, la era de la civilización atlántica. Carlos Quinto, el glorioso flamenco nieto de los Reyes Católicos, emperador alemán y señor de las nuevas regiones americanas, inicia la ruina de las manufacturas italianas. Los banqueros venecianos, florentinos y genoveses no podrán competir con el dueño de las minas de México y el Perú. A partir de este instante, Sevilla y Lisboa substituirán a Génova y Venecia; y el movimiento económico, base de la historia, comunicará su impulso renovador a toda la estructura social, situando el porvenir humano en ambas costas fronteras de América y Europa. ¡Plus ultra!... Colón realizaba con su arrojo el mito de la Atlántida. Rescatábala del seno del océano, y entregábala a los hombres para hacer de ella una morada próspera y feliz.

Pero el impulso creador de la historia es por esencia incoercible. Así como el Mediterráneo resultó estrecho para abarcar la fuerza expansiva de la civilización, el Atlántico cederá su importancia actual, en no lejano día, al Pacífico. Perturbaremos su somnolencia divina; zurcaremos su desdeñosa extensión; y, como todo está descubierto, fundaremos en las costas de California y de México, de Colombia, Chile, el Perú y el Ecuador, emporios mercantiles que igualen y superen a

Cuento alemán

Por BAGARÍA



—Oh Fritz, qué cosa más extraña ma pasa; me parasías tu hermano...
—Pero ¿no sabes que yo no tengo hermanos?
—Por esto te he dicho qué cosa más extraña. ¡Ja, ja, ja!...

(*El Sol*, Madrid).

Venecia y Génova en el siglo XIV; a Sevilla y Lisboa en el XVI; a Londres y Hamburgo en el XX.

Dos lenguas europeas y una asiática serán los idiomas imperiales del mundo: el inglés, el español y el chino. Las comunicaciones aéreas u oceánicas, más rápidas que nunca, verdaderamente prodigiosas, se cruzarán en nuestra América; y en Panamá—donde ya se inicia una población cosmopolita—, Tehuantepec o Nicaragua, España, descubridora del mar Pacífico, como un dios marino sublime, como la «Tetis de los pies de plata», que dijo Homero, presidirá la síntesis suprema del esfuerzo humano, emergiendo de las olas amargas que le revelaron la redondez del orbe. ¡Plus ultra!

Ciñamos, pues, los vínculos de la anfictionía hispano-americana. Hagamos por recordar constantemente que el solar europeo fué cuna de la Raza, así como América es el teatro de su más amplio florecimiento. ¡Cuaje el hispano-americanismo en actos tangibles de amistad y no sólo en discursos sutiles y armoniosos! España ha de entender que su porvenir y su destino están en estos pueblos que formó con su sangre y modeló con su espíritu. Ha de ser la madre celosa de su progenie. Si la olvida, se olvida de sí misma, desmedra y mengua. Por nosotros es grande; con nosotros será eterna, como la Roma de Séneca y Trajano alienta todavía en su gloriosísima descendencia latina. Para revelar nuevos mundos hay que creer y amar como los navegantes que siguieron al héroe. Hay que saber esperar, como esperó Colón. Y si nada nos quedare por conquistar en la «vasta geografía» del planeta, aún conquistaremos otros mundos morales con el amor que nos una a la hidalga nación de Isabel de Castilla la Grande y Teresa Ahumada la Santa. ¡Plus ultra!

ANTONIO CASO

(Revista de Revistas, México. D. F.)

1) Asuntos de las Antillas

En la edición del día 1º de Enero de 1900 de *El Normalismo*, periódico que entonces dirigía en Santo Domingo don Enrique Deschamps, el insigne pensador Eugenio María de Hostos publicó un artículo de Sociología, intitulado *Civilización o Muerte*, cuyo título repiten muchos, pero que muy pocos entendieron. De ese artículo son estas palabras proféticas: «No va a ser lecho de rosas en el que va a descansar la familia dominicana en este siglo. Va a tocarle un trabajo ímprobo de organización y un *esfuerzo continuo de desviación*... Felizmente para los pueblos débiles, las premisas de donde parte el siglo para su trabajo de cien años es el dominio puro y simple de la fuerza; de la fuerza hecha verdad por medio del principio terrible de la evolución; de la fuerza hecha poder por medio del principio de las grandes nacionalidades; de la fuerza hecha guerra por medio del tremendo principio de la supremacía de esa fuerza brutal... Esos tres horribles perturbadores de la vida del siglo XIX van a ser los constructores del siglo XX, y pese a quien pese, así será, como los que no sepan sacar partido de sí mismos para hacerse fuertes en verdad, en poder y en acometividad serán pueblos barridos o absorbidos o destruídos. Los dos pueblos que habitan esta hermosísima parte del Archipiélago de las Antillas, que no sueñen, que no dormiten, que no descansen. Su cabeza ha sido puesta a precio; o se organizan para la civilización, o la civilización los arrojará brutalmente en la zona de absorción que ya ha empezado».

El señor Hostos, pues, ha señalado el peligro del imperialismo norteamericano, y al señalarlo ha dado también el consejo salvador, la norma de conducta internacional que los pueblos antillanos deben seguir para conservar su libertad, su independencia y su soberanía. Ese consejo, esa norma son los siguientes: *Hacer un esfuerzo continuo de desviación para evitar ser absorbidos por la fuerza hecha poder y erigida en principio por la gran nacionalidad que ha puesto a precio las cabezas de Haití y Santo Domingo, con el fin de arrojarlos en la zona de absorción que ya ha empezado.*

«La impetuosa corriente del imperialismo norteamericano amenaza cada vez más arrastrar consigo la independencia y soberanía de las Antillas». *Hágase, pues, un esfuerzo supremo de desviación* para impedirlo. Resístase con todas las fuerzas posibles la de esa corriente procelosa. Hemos visto anegarse y desaparecer en sus ondas a Puerto Rico, débil esquife; a Cuba, galeón hermosísimo cargado de tesoros; a Nicaragua, que había resistido el abordaje de Walker; a Haití mismo, velera y segura nave de Toussaint, de Dessalines y Petión. Esa funesta corriente no ha podido dominar todavía la nave del Estado Dominicano; pero el oleaje barre su cubierta, crujen los mástiles y parece que el miedo hace su presa en la tripulación. Nunca como ahora cabe repetir a los dominicanos las palabras del Maestro: *No soñéis, no dormitéis, no descanséis: vuestra cabeza ha sido puesta a precio.*

Pero, ante todo, ¿qué son los Estados Unidos de Norteamérica? Los Estados Unidos de Norteamérica son un pueblo que no constituye una nación. «Los italianos fuimos nación cuando el Dante unificó nuestra lengua—dice el profesor Toniclo en su *Tratado de Economía Social*, publicado en 1911—; los Estados Unidos lo serán cuando los inmigrantes de cada raza hablen todos el anglosajón». Rodó, el ilustre Rodó, se pregunta en *Ariel*: «¿Realizan los Estados Unidos o tienden a realizar, por lo menos, la idea de la conducta racional que cumple a las legítimas exigencias del espíritu, a la dignidad intelectual de nuestra civilización?...»

«La vida norteamericana describe efectivamente ese círculo vicioso que Pascal señalaba en la anhelante perse-

cución del bienestar, cuando él no tiene su fin fuera de sí mismo. Su prosperidad es tan grande como su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano. Es un monte de leña al cual no se ha hallado modo de dar fuego... Ni siquiera el egoísmo nacional, ni siquiera el exclusivismo y el orgullo de raza pueden tener vislumbres de idealidad y hermosura en un pueblo donde la confusión cosmopolita y el atonismo de una mal entendida democracia *impiden la formación de una verdadera conciencia nacional*».

«En el ambiente de la democracia de América—continúa Rodó—el espíritu de vulgaridad no halla ante sí relieves inaccesibles para su fuerza de ascensión... Sensibilidad, inteligencia, costumbres, todo está caracterizado en el enorme pueblo por una radical ineptitud de selección... Emerson, Poe, son allí como los ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica... No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado ningún caso capaz de amarla por sí misma... Así el resultado de su porfiada guerra a la ignorancia ha sido la semicultura universal y una profunda languidez de la alta cultura... Las alas de sus libros ha tiempo que no llegan a la altura en que sería universalmente posible divisarlos... Cualquier mediano observador de sus costumbres políticas os hablará de cómo la obsesión del interés utilitario tiende progresivamente a enervar y empequeñecer en los corazones el sentimiento del derecho. La venalidad, que empieza desde el voto público, se propaga a todos los resortes institucionales. El gobierno de la mediocridad vuelve vana la emulación que realza los caracteres y las inteligencias. La democracia, a la que no han sabido dar el regulador de una alta y educadora noción de las superioridades humanas, tendió siempre entre ellos a esa brutalidad abominable del número que menoscaba los mejores beneficios morales de la libertad y anula en la opinión el respeto de la dignidad ajena; además, su carácter mismo les niega la posibilidad de la hegemonía. La Naturaleza no les ha concedido el genio de la propagación ni la vocación apostólica. Carecen de ese don superior de *amabilidad*... Renunciemos a ver el tipo de una civilización ejemplar donde sólo existe un boceto tosco y enorme...»

Veamos ahora qué es el imperialismo norteamericano. Jorge Campbell, en una obra curiosa, *The Greater United States of America*, publicada en 1904, después de afirmar que los Estados Unidos «desarrollarán un superior poder mundial que destruirá la monarquía y establecerá el gobierno republicano como gobierno del mundo bajo la dirección o control de los más grandes Estados Unidos de América, los cuales dominarán probablemente toda la Tierra», pasa a exponer la razón de tal misión archiprovidencial. Los actuales reinos y monarquías europeas son los pies de hierro, piedra y arcilla de que habla la profecía de Daniel; pero, según ésta, Dios fabricará un reino que nunca será destruído y que desbaratará y consumirá todos los otros. Esta profecía se refiere a los Estados Unidos, porque piedra significa democracia. Los fenicios habían descubierto quince siglos antes de Cristo unas montañas que contenían mucho oro y plata, tres mil millas distantes. Los aztecas sucedieron a los fenicios y perecieron a manos de los españoles. Todo lo cual prueba la identidad de la Colonia americana con el Estado *phenicio*, su deudo. Porque aquí está la montaña de que la piedra ha de cortarse, y que Nabucodonosor contempló en su visión. Y si esto es verdad, el Gobierno americano extenderá su dominio hasta incluir no sólo Norte y Sudamérica (lo que ocurre ya prácticamente bajo la doctrina de Monroe) y las islas del mar, sino eventualmente el mundo entero. Porque la Escritura es verdad; este pueblo revelado o profetizado debe llenar la tierra toda, y, en consecuencia, la política y natural expansión es su destino, y América, al extender su dominio, *está llevando adelante una profecía de la Biblia*.

A mayor abundamiento, Campbell presenta otras pruebas del destino manifiesto de los yanquis, tales como la *Liberty Bell*, única campana que tiene inscripto: «Proclama la libertad por toda la tierra»; la adopción del *Gold Standard* y el oportuno descubrimiento de las minas de oro de Alaska, California, Arizona, etc.; el nombre Estados Unidos de América; el sello, con su *E pluribus unum*. Todo, para terminar diciendo: «No cabe apenas la menor duda que en los años venideros, si los americanos cumplen enteramente su deber, todas las banderas desaparecerán del Continente americano, excepto la de los Estados Unidos». Tres banderas han desaparecido ya. Los fundamentales princi-

La apuesta, cuento inglés

Por Bagaría



EL INGLÉS.—Yo jugar con osté botella champaña el que diga mentira mayor.

EL NORTEAMERICANO.—Yo aceptar; empiesa usted.

EL INGLÉS.—No; empesar osté.

EL NORTEAMERICANO.—Bueno, empieso. Una vez en New York había un gentleman.

EL INGLÉS (precipitadamente).—Basta: me doy por vencido.

(*El Sol*, Madrid).

pios que hicieron del *trust* una necesidad en el mundo de los negocios se aplican con igual fuerza en el mundo político.

La persona individual o la pequeña corporación no puede competir con éxito con el *trust* en la manufactura y venta de mercancías, y se ve por consiguiente compelida a unirse al *trust* o fracasa en negocios y cae en bancarrota. El caso es precisamente el mismo con respecto del gobierno o nación débil. Las pequeñas naciones tienen gran desventaja en el mundo de los negocios, comparadas con las grandes naciones, porque no pueden competir con las más poderosas en alta mar, por los mercados extranjeros; y eventualmente todas esas débiles repúblicas deben fracasar y parar en bancarrota, o unirse a la nación más poderosa que pueda proporcionarles protección y prosperidad. Esta política significa la final absorción de esas pequeñas repúblicas por los Estados Unidos, porque en virtud de la Doctrina de Monroe no pueden ser absorbidas por ninguna de las monarquías, y deben unirse a la Gran República como la única alternativa para su propia protección, y aun para perpetuar su existencia como Estados republicanos. Estados Unidos de América es por tanto el nombre apropiado para la gran República Americana. Esta está no sólo calificada para gobernar el continente americano, sino que, como la antigua Roma, lo está para gobernar el mundo entero.

AMÉRICO LUGO

(*La Esfera*, Madrid).

La literatura colombiana en el Brasil

Cornelio Hispano

La literatura colombiana es una de las más gallardas de la América española. García Merou, en los términos más elocuentes, elogia la primacía de la antigua ciudad de Santafé de Bogotá, nido de artistas y pensadores que en la poesía hallan ritmos de encantadora seducción, en la ciencia levantan sólidos monumentos y aun en la filosofía exponen doctrinas trascendentales con claridad y amplitud. Todavía se estudian en Bogotá los clásicos y se hacen traducciones de la lengua de Homero. El español también tiene insuperables cultivadores y sabios escudriñadores de sus más hondas raíces. Un célebre filólogo bogotano es autor de un monumental «Diccionario de Construcción y Régimen», que es la admiración de los doctos de Europa y América y obra de consulta en las Academias de sabios. El ambiente de Bogotá es el de una universidad medioeval. Al lado de los poetas están los historiógrafos, de labores verdaderamente benedictinas, y así el amor por todas las manifestaciones del arte o de la ciencia es general y constante. Hay magníficas librerías con libros en todos los idiomas cultos que editan las grandes casas de Europa y los Estados Unidos, y que llegan a Bogotá con sólo un mes de retardo. Otro aspecto interesante de Bogotá es el culto que se rinde a la tradición, lo cual se debe sin duda a su aislamiento del mundo civilizado, pues para salir al Atlántico o al Pacífico es menester un largo viaje más difícil que el que habría que hacer para ir a Taubaté.

Los diarios de Bogotá son serios y siempre publican ensayos muy meditados y bien escritos sobre cuestiones de actualidad, así nacionales como extranjeras, amén de estudios de crítica e historia, realizando así el ideal del diarismo literario e informativo.

En la capital de Colombia he conocido más de un espíritu de selección, finos temperamentos de eruditos, de estetas, de diletantes, pero quiero ahora recortar el perfil de un perfecto ateniense, poeta, historiador y crítico literario, en cuyo estilo hay espíritu, serenidad y capitoso aticismo. Se llama Cornelio Hispano.

El seudónimo del ilustre letrado colombiano puede inducir a error, si de él se quiere deducir una psicología. En su talento, al revés de lo que pudiera pensarse, poco o nada hay de Roma o de España. Al genio romano él prefiere la linfa cristalina de la fuente eterna del Atica. En su prosa castellana, plástica, moderna y elegante, se siente, sin embargo, la influencia de los grandes maestros franceses.

Sus poemas rezuman clasicismo helénico. Hispano es un pagano apolíneo en *El Jardín de las Hespérides*, no menos que en la cristiana *Leyenda de oro*. Su sentimiento muy arraigado de la patria natal aparece también en los ritmos armoniosos y parnasianos de las *Elegías Caucanas*.

La prosa de Cornelio Hispano es tersa y elegante. Tiene un libro en el cual habla mucho de nosotros, principalmente de las leyendas encantadas del río mar; ese libro, publicado en París, se llama *De París al Amazonas*. Otro de sus libros es el *Diario de Bucaramanga*, de Louis Peru de Lacroix, en que se revela la personalidad de Bolívar íntimo. No es una detractación, como han dicho algunos, sino al contrario, un fiel retrato muy humano del héroe, capaz de definir de manera definitiva el genio guerrero colombiano. Hispano sintetiza su vida en un admirable tríptico: Gloria, amor, alegría.

La historia de la independencia colombiana le debe a Hispano también la revelación de nuevas verdades. Actualmente publica un análisis de los *Cantores de Bolívar*, desde Olmedo, y en esas líneas aparece el crítico independiente y esteta, inspirado en el más puro aticismo, y con una visión moderna palpitante de sinceridad y armonía.

Cornelio Hispano es el verdadero ateniense de la Atenas americana.

Su obra es apreciada en todo el mundo español y aún no está terminada. Sin descanso continúa labrando nuevos bloques del más puro mármol de Paros, y su figura cada día se impone más como la de un sacerdote de la gracia, de la belleza y del espíritu que en la pléyade hondamente libérrima del Bogotá intelectual, va esculpiendo, con el cincel de Fidias, maravillosas estatuas para una Acrópolis americana.

ANTHERO GAMA.

(*O Imparcial*, Río de Janeiro. Trad. de *Lecturas Dominicales*. Bogotá).

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.

Página lírica
de Cornelio Hispano

LA ESTRELLA DEL PASTOR

...Ed alla tarda notte
un canto che s'udia per li sentieri
lontanando morire a poco a poco,
giá similmente mi stringeva il core.

LEOPARDI

Oh, Vespero! Tu viva luz nos trae
todas las tardes lo que más amamos:
cuando, tras la montaña azul decae
el sol, tu antorcha trémula buscamos.

Tú devuelves su casa y su cariño
al pastor retardado y al labriego;
tornas al pecho de la madre el niño,
y en el tranquilo hogar prendes el fuego.

Tú enmudeces la reja del arado;
contigo viene el íntimo alborozo;
tú aderezas la cena, y el ganado
a beber llevas al antiguo pozo.

Tú llamas a las aves a sus nidos;
conduces al establo al buey paciente;
a tu luz, por senderos escondidos,
rústica avena exhala un són doliente.

Tú asistes a la cita del amante
furtivo, en el boscaje silencioso;
tú nos recuerdas el amor distante
Y nos anuncias, Véspero, el reposo.

LA CASITA ABANDONADA

Hay a la vera agreste de la senda,
cuyo césped jamás viajero viola,
sin árbol que su grata sombra extienda,
una casita derruída y sola.

En otro tiempo allí, a la madrugada,
ladraban al viandante perros bravos,
y era albergue su patio y enramada
de pintadas gallinas y de pavos.

Frescos naranjos, verdes limoneros
daban a la heredad frutos opimos,
y entre arroyos corrientes y parleros
bañábanse, flotantes, los racimos.

Aún cuelga de la puerta ennegrecida,
con resplandor de oro, sacra rama;
quedan flores aún, mas no convida
a descansar allí la muelle grama.

Sólo un triste aldeano, por la tarde,
detiene el paso y la casita mira,
y, al ver que el fuego del hogar no arde,
vierte una ardiente lágrima, y suspira.

ANGELUS

Angelus, hora dulce que despierta
los profundos pesares del amante,
cuando en playas exóticas, errante,
piensa en su idolatrada virgen muerta.

Hora en que al triste hogar la vista incierta
vuelve por vez postrera el navegante,
el día que, al partirse sollozante,
le dijeron adiós desde la puerta.

Hora mística: el tardo peregrino
se siente herir de amor si oye a lo lejos
la campana que llora el muerto día,

Mientras, hacia el poniente purpurino,
vuela, tras de los últimos reflejos,
el alma de la gris melancolía.

BAJO LA NAVE DE NOTRE-DAME

Tus campanas, oh templo! ya no suenan
en la mañana convocando a misa;
la hierba, el liquen y la zarza llenan
tu santuario de gótica cornisa.

Al Niño Dios, desnudo en su pesebre,
no adoran ya los Magos y pastores,
ni hay quien la pascua de Jesús celebre
con tamboril y flauta en los alcores.

Viejos y apolillados, los misales
duermen en las oscuras sacristías
con la cera, el incienso y las pluviales
capas, de deslustradas pedrerías.

El sacerdote, bajo su áurea estola,
no tiene grey y oficia en el desierto;
la casa del Señor quedóse sola
y todo en su recinto está ya muerto.

Muda la torre, enmudeció el salterio
y el órgano que, junto con las preces,
alzó sus roncas voces de misterio
bajo tu inmensa nave, tántas veces!

Se va de las naciones la fe antigua,
y Notre-Dame, en duelo, al pie del monte
sacro, mira su lámpara, ya exigua,
y su sol transponer el horizonte,

Mientras las sombras de la noche entonan
el *Miserere Mei* bajo sus naves,
y sus lúgubres bóvedas pregonan
Del *De Profundis* los lamentos graves.

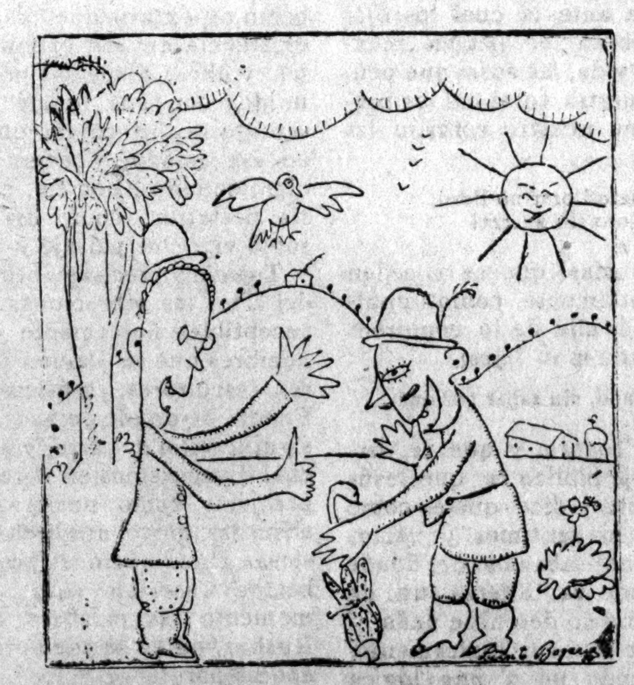
YO CREO EN DIOS

Yo nombro siempre a Dios, y, por ventura,
¿yo creo en Dios?... Cuando era un parvulillo
me daban los domingos un cuartillo
después de oir la misa al señor cura.

Sé bueno, puro y dulce, me decía
mi madre, como un cándido cordero;
entrega a Dios tu corazón entero,
y, siempre, hijo, encomiéndate a María.

Cuento alemán interesantísimo

Por BAGARÍA



—Una vez, amigo Mayer, había tres pacaritos en un árbol. Un pacarito dijo: «Yo me voy», y se fué. El otro pacarito dijo: «Mi compañero, caramba, se ha ido; pues yo también me voy», y se fué. Y el tercer pacarito hizo *piu, piu*, y dijo: «Mis compañeros se han marchado», y también se fué. Y ahora viene la cosa más graciosa: ¡El árbol quedó solo!

—¡Ja, ja, ja!

(*El Sol*, Madrid).

Después, en *Corpus Christi* y en la *Octava*,
iba en la procesión entre los cirios
y el incienso y los palios y los lirios;
la gente, en tanto, a media voz cantaba:

Oh estrella! Oh casta flor! Virgen María!
Oh torre de marfil! Casa de Oro!
Y bajo el claro sol era un tesoro
la custodia de viva pedrería.

Y aún canciones y preces y más lirios,
aún repiques, incienso, luces, rosas;
las pobres gentes entre aquellas cosas
parecían arder como los cirios.

Luego el pesebre rústico, y, desnudo,
Jesús entre un buey tardo y un jumento;
y yo lo contemplaba todo, atento,
y ante el Niño Jesús, estaba mudo.

Y creía que Dios era un anciano
de barbas blancas que nos crió del lodo,
y que nos daba, como padre, todo,
y que llevaba el mundo entre la mano.

Mas que exista o no exista, qué me importa,
si era tan bella la iglesita aldeana,
y tan alegre el són de su campana,
y la vida es tan triste, y es tan corta!

---

3) # Al margen de los "Fantaseos"

de Andrés Avelino

(Concluye. *Véanse los Núms. 6 y 7 del tomo en curso*).

Hemos observado ya en los versos de Avelino una facultad de expresar familiar, fácilmente, los motivos más difíciles o fugaces; hemos reconocido en el poeta una preocupación constante de conocerse a sí mismo hasta casi adquirir la facultad de hacerlo:

A través de la Poesía
hay que ver la vida eterna!

exclama Rueda; le hemos visto en la contemplación de hechos emocionantes, describiéndolos pura y concisamente, en su poder irresistible de emocionar.

Veámosle ahora detenerse en la puerta sagrada ante la cual los ojos apenas vislumbran los hechos inexplicables de la vida, las cosas que ocurren sin que nuestra voluntad las provoque y sin que nuestro corazón las presienta;

cuando quiero llorar no lloro,
y a veces lloro sin querer!

esas circunstancias que se suceden suavemente, fatalmente, como impulsadas desde más allá de lo comprensible, como desde muy lejos;

he salido al mercado, sin saber por qué...

dice ante ellas Tagore, y que recuerdan aquel pasaje bíblico en que Jesús habla del espíritu y dice que es como el viento, que lo sentimos y vemos sus efectos, y no sabemos de dónde viene, ni a dónde va. Fuerza sutil de la naturaleza que no descubre nada ni es suceptible de analizar lógicamente, como obedeciendo no a una lógica humana sino a una lógica universal, cósmica, y que sólo se percibe por los ojos sutiles de los poetas, pasando desapercibidas para la generalidad de los mortales. Refiriéndose a esta sublime posesión de altas ideas, encuentro en Pedro Prado estas palabras que nos son familiares: «Ponemos una atención tan curiosa durante ese fenómeno, se nos ofrece parte de nosotros de manera tan inesperada, que nos parece completamente ajena a nuestro ser, y por esto podemos compararnos a un espectador atento por la novedad y belleza de un espectáculo. Pero si todo esto sucede sin que sea notado por la mayoría de las gentes, en cambio al poeta le sobreviene con mayor intensidad, y tiene conciencia de lo que se desarrolla en su espíritu». «Algo nos dice que sobrepasamos nuestras débiles fuerzas humanas, y que un instante maravilloso de adivinación se cierne y se nos ofrece. Es como un éxtasis que disuelve nuestra existencia en sus primitivos elementos, y ellos, dispersos por el mundo, unidos con sus iguales, recogen el sentido de las cosas, que sólo ellos, en ese estado, pueden comprender, ofreciéndonos, por fin, en una síntesis posterior, como un perfume, el soplo vivo del paisaje y del mundo».

Tocamos precisamente los orígenes del arte, las vibraciones de que son suceptibles únicamente esa clase de hombres que se llaman poetas, pintores, escultores, músicos,... artistas! Fuente de donde emana la verdadera significación del arte, y sin atender la cual divagaremos en apreciaciones tan pasajeras como nuestra vida y tan absurdas como nuestras más pretensiosas elucubraciones pasionales. Debemos trascribir aquí, recordar un momento las palabras del maestro, Ruskin, quien se adelantó a todas las épocas porque se colocó en la verdad de los principios: «... lo que nosotros pedimos al arte es fijar lo que está flotante, esclarecer lo incomprensible, dar un cuerpo a lo que no tiene medida, inmortalizar las cosas que no son duraderas, entrever en una rápida ojeada la sombra fugitiva de una emoción, las líneas imperfectas de un pensamiento que se desvanece; todo lo que es un reflejo sobre los trazos del hombre y en todo el universo. Todo esto es infinito, maravilloso, y encierra el soplo potente que el hombre puede sentir sin comprender, y amar sin saberlo definir. Ese fin supremo del gran arte lo descubrimos, gracias a la percepción, en el arte antiguo; pero la ciencia no lo ha podido infundir en el arte nuevo».

¡Fuerza sutil de la naturaleza! Ante sus efectos quédanos la impresión de que pasa el espíritu; no podríamos dar otra explicación; cuando el ramaje del árbol tiembla, únicamente sabemos que es el viento que pasa; y si quisiéramos decirlo, si de ello nos hemos dado cuenta, solamente podemos referir el hecho: hay un temblor de hojas en el árbol.

O muy loco o muy niño me he levantado [hoy,
me he tirado a la calle sin saber cuándo ni [cómo;
a pesar de lo nublado flota en el ambiente
un aire de blancura;
me he encontrado con ella al doblar una [esquina;
y me he vuelto corriendo hacia atrás por no [verla;
tuve miedo de su mirada trágica
que ama los contrastes con sed de infinito
y de piedad;
me he devuelto confuso, miedoso y sutil:
automáticamente me acerco;
la comida está puesta: qué blanco está el [arroz!
no quiero teñirlo de rojo habichuela,
y me levanto con el remordimiento
de haber matado una cucaracha.

O bien esta referencia de «Lascitud»:

Las diez de la mañana;
los niños chillan
entrando y saliendo por todos los cuartos.
Estoy haciendo sueño
para poder dormir;
comienzo por engañarme yo mismo
y engañar a los demás
para que no me molesten.
Tomo una apostura adecuada;
delante de mí hay una persona,
una mosca se pasea sobre mi frente,
siento el asqueroso cosquilleo de sus patas
sobre mis párpados;
mis brazos quedan inmóviles,
ya no puedo faltar a mi propósito,
me creen dormido...

Acerquémonos más; observemos esta *sensación imaginaria* en que el poeta se imagina que es niño nuevamente, y que muy bien se llama «Pretérida»:

Mañana de jueves con su faena.
Mi madre almidonando sábanas de percal
que luego va tendiendo
sobre la empalizada;
yo que la sigo prendido de su ruedo

contemplándolo todo
sin decir algo;
en el campo, flores,
en el cielo, nubes;
no tengo todavía la edad de la razón.

Notemos toda esta suceptibilidad de impresionarse hasta en los hechos al parecer triviales, pasajeros, quizá insignificantes de la vida, en este poema, en esta «Fantasía infantil», que es como para leerla seguida, fluidamente, como en la suavidad de un corto vuelo:

Sobre un plato de porcelana
todos los días, a una misma hora
en el lugar que callo,
encuentro un rojo caramelito
casi diluido por unos labios
que deben ser rojos,
que deben ser dulces,
que deben ser raros
como este rojo caramelito
que todos los días, a una misma hora
y en un lugar que callo,
me dejan unas manos
que yo no he visto,
que no he amado,
y que deben ser raras y dulces y amables
como este rojo caramelito
que encuentro todos los días
a una misma hora
y en el lugar que callo,
sobre un plato de porcelana.

Y esa cuestión del caramelito que han diluido unos labios, y que le dejan unas manos, y que en un lugar que callo, tan infantil como su nombre lo indica, tan pasajero como todo lo infantil, entraña además de esa puerilidad y esa ternura el hondo significado de las cosas inconcientes, o de los hechos de los cuales no alcanzamos a adquirir conciencia, cuya explicación no acertamos ni nos proponemos, refiriéndonos únicamente al hecho en que se revelan, a sus manifestaciones externas. Basta que un poeta haya visto en ese detalle un motivo para un verso, para que el detalle deje de sernos indiferente.

Y aquí terminarían estos breves apuntamientos que se me han ocurrido al margen del libro de Andrés Avelino. Apuntamientos cuyo único fin es descubrir en el poeta la influencia del movimiento que hoy tantas discusiones y disparidades de opinión provoca. Discusiones y disparidades sustentadas en gran parte por la sinceridad de los unos y la falta de un poco de dedicación en los otros.

Podría objetarse que cada uno de los aspectos que hemos señalado en Avelino se encuentran en muchísimos poetas: mucha razón tendrían; la «evolución hacia adentro» se deja sentir en la literatura desde hace algunos años; y se podría ir más allá agregando a la objeción que en otros poetas no hay necesidad de tanta graduación, y es verdad. Precisamente porque en Avelino se encuentran compendiados los principales aspectos del fenómeno, y en forma tan exelente como lo hemos visto, lo hemos encontrado más a propósito para hablar de éste en lo que de amplio y significativo tiene: desde los primeros escalones de esta escala superior que hoy empieza a ser familiar a los poetas, hasta sus más profundas y magníficas promesas. Pero los escritores en que se encuentren algunos de estos aspectos no pueden juzgarse por su obra propiamente sino que deben buscarse sus antecedentes, a traves de los cuales se descubre la influencia de las ideas «hacia adentro».

Hace falta un estudio de esta influencia en Rubén Darío; a Darío se le ha estudiado por las variaciones exquisitas de expresión y el mayor grado de sensibilidad y apreciación de las cosas que han sido sentidas y apreciadas; más en sus últimos años, a partir de su dulce estancia en las islas doradas del Mediterráneo, Darío siente lo que antes no hubo sentido, y en sus versos se encuentra una expresión más honda de las cosas. Nervo es una excepción digna de especial estudio en América por su hiperestesia, por su constante conmoción ante los hechos superiores de la vida, sin que su misma sensibilidad le permitiera la serenidad de ánimo, indispensable para explicarlas o darles una aplicación práctica en favor del corazón humano.

Debemos recordar a aquel anciano formidable que se llamó Pedro B. Palacios y que se hizo llamar Almafuerte. Vienen a la imaginación, brillantes, los versos sencillos de Martí, los fuertes motivos de los versos de Herrera y Reissig. Las actuales generaciones de poetas de América ofrecen, todas, divinas manifestaciones de la evolución «hacia adentro», iniciada en forma aquí en nuestra América hace ya un cuarto de siglo. Imperiosamente nos llega un tropel de recuerdos, desde las dulzuras sencillas y sugestivas de un Alberto J. Ureta hasta las ocurrencias en verso de Luis Carlos López; citar algunos nombres sería un absurdo: más bien habría que citar a los pocos en quienes la influencia no es muy notoria o no se ha hecho sentir aún; Heliodoro Valle, sin embargo, nos ofrece una oportunidad especial para el estudio de los recursos de expresión de la nueva poética. ¿Y qué diríamos de las poetisas que han florecido en las tierras de nuestra América, dando un caso único en la historia de la humanidad? Indiscutiblemente la literatura de la América Latina deberá estudiarse desde puntos de vista muy diferentes de los que han regido hasta hoy análogos estudios, y no podrá hacerse sin la apreciación de causas biológicas, étnicas, espirituales, de profunda influencia en los fenómenos sociales del mundo.

El más completo y maravilloso de los poetas de América, dentro de las ideas que sustentamos, por su compenetración podríamos decir plena de las concepciones «hacia adentro», es don Roberto Brenes Mesén, cuyos versos, desde un principio, brotaron al impulso de las más elevadas palpitaciones del espíritu, y a quien alguna vez se ha querido juzgar, *imitando* la inteligente observación que se hiciera a los renacentistas con respecto a la anatomía, primordialmente propuesto a revelar sus hondos conocimientos de la lengua.

Andrés Avelino, Rafael Augusto Zorrilla, R. A. Henríquez, Vigil Díaz, F. T. Domínguez, Luis Arm. Abreu, Armando Alvarez Andrade, agrupados en torno de D. Moreno Jiménes, a quien reconocen como Maestro, son una falange vigorosa de indudable valor y de palpable trascendencia en las letras latino-americanas; he encontrado en sus exposiciones de principios referentes al «Postumismo» innovaciones que no ha sido del caso apreciar en estos apuntes, si se quiere marginales, en las cuales se notan compendiados los fundamentos estéticos y psicológicos de las versificaciones «hacia adentro», como he encontrado en algunas revistas estudios que compendian hasta cierto punto los fundamentos técnicos de la métrica nueva.

RAFAEL ESTRADA.

San José, C. R., agosto de 1923.

Hay que enseñar al que no sabe

México, D. F., Setbre., 23 de 1923.

EL día de hoy culminará en México la propaganda que desde hace algún tiempo se viene desarrollando por la Dirección de la Campaña contra el Analfabetismo, a cargo de la señorita profesora Eulalia Guzmán y dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

«Enseñar a leer a quien no sabe», será la frase que repetirán el día de hoy por todos los ámbitos de la ciudad los miembros de la Cruzada contra la ignorancia, en una manifestación pública que ha venido siendo organizada con todo cuidado desde hace algunas semanas.

Ayer, a mediodía, el señor licen-

ciado Vasconcelos, Secretario de Educación, aprobó un manifiesto al pueblo mexicano, que será dado a conocer el día de hoy en la capital y en el curso de la semana en el interior de la República.

SINTESIS DEL MANIFIESTO.

Este manifiesto es de suma importancia; pero la falta de espacio nos impide publicarlo íntegramente. La síntesis de las declaraciones que hace la Dirección de la Campaña en su comunicado es la siguiente:

1º—Llevar la labor de desanalfabetización hasta los más lejanos lugares de la República, empezando por la ciudad de México.

2º—Dar la enseñanza de la lectura, la escritura y la aritmética rudimentaria, no como un fin, sino como el medio de adquirir cualquier conocimiento o información, indispensables en la vida moderna de los pueblos.

3º—Aprovechar la ocasión de que los que saben se pongan en contacto con los que no saben, para inspirar un tipo mejor de vida, tanto en lo espiritual como en lo material, poniendo especial cuidado en las enseñanzas prácticas de higiene, civismo, hábito de orden, disciplina y entendimiento de la patria mexicana.

4º—Desarrollar la campaña desanalfabetizadora distrito por distrito, en las ciudades y en los campos, a la manera de como se desarrollan las campañas sanitarias.

5º—Mantener una propaganda activa, para conmover la opinión pública en pro de la campaña de desanalfabetización y cultura popular, tratando de convencer a todos de que es urgente que se inicie un movimiento colectivo en que cada uno preste su contingente en esta obra de salvación nacional.

LA MANIFESTACION

La manifestación que se organizará frente a la Secretaría de Educación recorrerá las principales calles de la Metrópoli, y estará formada por estudiantes, maestros y alumnos de las escuelas. Durante este paseo se le dará lectura a las peticiones del manifiesto y en las cuales la Dirección de la Campaña, pide:

A las autoridades correspondientes, que el ejército se desanalfabetice;

A los grupos obreros, que en el seno de sus organizaciones se dicten las medidas necesarias para hacer forzosa la desanalfabetización de sus coasociados;

A los industriales y agricultores, el cumplimiento del artículo 123, en su parte relativa a las facilidades que deben dar para la ilustración de los trabajadores o de los hijos de los trabajadores, en sus respectivas negociaciones;

A las amas de casa, señoras y señoritas, que desanalfabeticen a sus sirvientes que lo necesiten;

A todos los que saben leer y escribir, se inscriban como Maestros Honorarios (voluntarios) por un plazo de seis meses, a contar del mes de octubre próximo, ya sea para enseñar a leer y escribir o para prestar ayuda a los diversos servicios que la Direción de la Campaña contra el Analfabetismo está organizando;

A los niños de 4º, 5º y 6º años de las escuelas primarias de la República, se organicen formando parte del Ejército Infantil de Campaña contra el Analfabetismo;

A los estudiantes de escuelas secundarias y universitarias, presten su valioso contingente organizando centros de desanalfabetización y propagando esta idea;

A los intelectuales, su cooperación;

A la prensa toda de la República, haga una campaña intensa en pro de la cultura nacional;

Pide, especialmente a los Cuerpos Legislativos y Ayuntamientos de todo el país, dicten las leyes y órdenes necesarias para acelerar la desanalfabetización de los habitantes que lo necesiten, en toda la República.

(*El Universal*, México, D. F.)

Las víboras negras

Lo extravagante se ha nacionalizado en Norte América. De allí vienen los más inverosímiles intentos de progreso, de perfección y de filosofía. Pueblo de temperamento joven y sanguíneo, tiene en la audacia o en lo raro su ruta ideológica. Necesitan hacerse una historia en línea paralela con la actual civilización y no pierden un instante en conseguirlo.

En la inquietud—madre del inmenso valle espiritual—han puesto el constante motivo de su vida. Sin emoción los días pasan grises, aburridos, sosos. El peligro, la aventura novelesca, la espera, la velocidad, tienen, sin duda, un encanto brujo que pueden justificar en todo momento la razón de una existencia.

Nueva York es una ciudad peliculera. El dinero corre abundante por entre las manos de sus ciudadanos. He aquí una perspectiva filosófica: del oro no saldrá nunca el arte en su nativa pureza; pero sí el medio de que un corazón lata de prisa al provocar los cientos de matices emocionales que la electricidad, la mecánica o la invención ha puesto al servicio de los hombres. En ese gran país, todo o casi todo es paradójico. Con ser una República, viven en su seno muchos reyes: reyes del carbón, del cobre, de los botones de nácar, del petróleo, del hierro. Reinos sin palatinos y sin protocolo, fuertes como las rocas, porque nacieron del esfuerzo cotidiano de sus fundadores.

Pero no se trata de escribir la apología de un pueblo, sino de comentar la iniciativa de una mujer. No dejéis de leer los antifeministas, que odiáis la intromisión de «ellas» en la marcha progresiva del mundo. Miss Alice Hawigton se ha enamorado de una quimera y ha puesto todos los fervores de su alma en convertirla en realidad. Desarrugad el ceño: las quimeras viven entre nubes, protegidas por la ilusión. Miss Alice, como la mariposa del lindo cuento de Perrault, sólo vivirá unos días de ensueño ante la risa irónica de los señores escarabajos peloteros, negros como la pena y el desengaño...

Miss Alice Hawington quiere fundar una Asociación contra la mentira y la envidia. Las dos víboras negras enroscadas a la conciencia universal.

* *

Sólo en el espíritu lleno de claridades divinas de una mujer pudo albergarse intento tan noble. Hemos visto su retrato en una revista ilustrada. Joven, bonita, con unos ojos grandes, de serena e ingenua mirada, con unos labios gordezuelos y un hoyito precioso en el mentón. Hemos sentido una rara ternura por esta dama admirable. Viajeros a través de todos los libros y de todos los sentimientos humanos, experimentamos el placer del naturalista que encuentra de pronto un ejemplar desconocido. Y acto seguido, sometemos a Miss Alice al análisis psicológico.

Desde luego no estuvo enamorada nunca. ¿Acaso es posible el amor sin la mentira? Es quizás uno de sus atractivos más incitantes. Amante que no miente no despertará jamás los celos. Las bellas palabras de los amados son mentiras que embriagan los sentidos con un fin de posesión. La verdad es ruda y brutal. Como la luz, hiere. Para ser feliz hay que tejer una tupida

red de mentiras con una sola verdad: nuestro propio egoísmo.

¡Oh! Miss Alice, es preciso que usted reflexione. Sin duda, no consultó su proyecto con su madre, o con su hermano, o con una amiga. Mentir es un viejo vicio, nacido al calor de terribles tragedias. Usted misma, ¿puede asegurar con toda certeza que no mintió alguna vez? Mírese al espejo y díganos con sinceridad si es usted guapa o fea. Es muy posible que la modestia—esa virtud engañosa de los ególatras—la obligue instintivamente a mentir... y confiese que es fea, ¡siendo más bonita que un lucero matutino!

No insista en su intento. Sería una lástima que perdiese el tiempo en una labor estéril. El mundo seguiría igual que ahora, alimentando sus grandiosas mentiras: la guerra, la amistad, la diplomacia, los ideales. Veinte siglos de filosofía no nos han demostrado hasta hoy una sola verdad intangible.

Aproveche su gloriosa juventud en vivir unos años de amor. Es lo único interesante para una mujer tan bella como usted.

Y deje en paz a la envidia. Los envidiosos son unos pobrecitos anormales. Es un signo de debilidad y de cobardía. De impotencia ante el bien ajeno. Mal amarillo que pulveriza el hígado y crea la bilis. Los envidiosos viven poco y mal. ¿Podrá nadie evitar que una solterona bigotuda, delgada y hombruna envidie su hermosura de mujer casi pefecta? No. Alégrese de que así suceda.

Las dos víboras negras enroscadas a la conciencia universal no deben inquietar a los espíritus serenos y cultivados. Ellas, al fin, no podrán jamás elevarse del suelo un metro porque no tienen alas... ¡Y es tan consolador mirar al azul y emborrachar el alma de sol!

LÁZARO SOMOZA SILVA

(La Libertad, Madrid).

O ascetas o cancerosos

La tisis es esencialmente la enfermedad de la falta de luz. El cáncer, la de la sobra de alimentos. Lo que sea exactamente la tisis, no se sabe. En el sanatorio de Górliz la veíamos curarse, en sus principios, la semana pasada, con un tratamiento de sol y aire de mar. No sabemos aún cómo serán los sanatorios del porvenir donde se curará el cáncer en sus primeras manifestaciones. Se me figura que se parecerán, por la austeridad de la regla, a los monasterios de cartujos. La gente pasará mucha hambre, pero se curará, sin saber cómo.

Tampoco se sabe por qué se cura la pretuberculosis. Lo importante es que se cura. Nunca se habría aprendido a curarla si no se hubiera observado que se produce generalmente entre gentes criadas en viviendas faltas de sol y de aire puro. Ha sido la geografía de la enfermedad lo que ha inspirado a la terapéutica. No somos nadie. En las cosas esenciales, apenas ciegos que no andan sino a tientas. También es la geografía del cáncer la que nos está señalando el camino.

«La geografía del cáncer» es el título de un libro que hace ocho años publicó el doctor Hoffman, presidente del Comité Estadístico de la Sociedad Americana para el Control del Cáncer. El buen doctor se puso a estudiar las clases sociales y los pueblos en los que se da con más frecuencia el cáncer. Son los pueblos ricos, y los hombres más ricos entre los pueblos ricos, los que dan el mayor contingente a esta enfermedad, que ya se llama, con más sentido del que se percibe a la primera vez, «la enfermedad de la civilización». Nuevas estadísticas confirman las primeras apreciaciones del doctor Hoffman.

Verdad que existe también un cáncer que procede de irritación, más que de gula. También hay una tisis que procede de la irritación que produce en los pulmones un exceso de polvo silíceo en el aire, como el que respiraban los antiguos cajistas (no los linotipistas de ahora), o los obreros que molían los cuarzos auríferos en el Africa del Sur. Hay el cáncer del fumador, que proviene de la irritación del humo en la boca; el cáncer del investigador de los rayos X; el cáncer del indígena de Assuam, que carga carbón encendido junto al vientre; el cáncer de los salvajes que se pasan el día mascando ciertas yerbas, el del australiano que recibe excesivamente los rayos de un sol intolerable.

Pero lo normal es que el cáncer se produzca en los pueblos más ricos. En las naciones más afortunadas de la Tierra, donde están desapareciendo las enfermedades originadas en pobreza, hambre, suciedad, falta de higiene y viviendas insalubres, es precisamente donde se propaga el cáncer con mayor intensidad. Los Estados Unidos, el país de la riqueza y de la higiene, son el país canceroso por antonomasia. El doctor Hoffman predijo que la cifra de los muertos por cáncer seguiría aumentando. Su augurio se ha cumplido con exceso. Ya mueren anualmente de cáncer más de 100.000 norteamericanos. Tenía, pues, plena razón cuando hablaba de la «amenaza del cáncer».

Los pueblos pobres y denutridos no lo padecen. Es casi desconocido entre los indios que viven en sus «reservados» de los Estados Unidos. El doctor Hoffman ha estado estudiando la mortalidad de los indios en el Brasil, Perú y Bolivia. No ha hallado entre ellos un solo caso de cáncer en el pecho, y es también casi desconocido en sus otras formas. Las estadísticas de Hawai y el Japón ofrecen el mismo resultado. Un médico militar inglés, el coronel MacCarrison, ha vivido nueve años en el Himalaya, practicando anualmente más de 400 operaciones graves. En todo ese tiempo no ha encontrado un solo caso de dispepsia asténica, de úlcera gástrica o duodenal, de apendicitis, de colitis mucosa o de cáncer, es decir, de ninguna de las enfermedades relacionadas con un estado de constipación intestinal. El

coronel Massy, que ha vivido muchos años en la parte más pobre de la Turquía Asiática y en el Asia Menor, dice que el cáncer es desconocido entre esos pueblos.

Una eminencia médica británica, sir William Arbuthnot Lane, ha recogido estos datos y los resultados de su propia experiencia, para alzarse contra la propensión a llamar al cirujano para estas enfermedades. El camino no consiste en inventar nuevas operaciones, sino en prevenir las enfermedades. Sir William cree que es el exceso de comida lo que produce el cáncer, debido a que un estado crónico de constipación origina irritantes que actúan en diversas partes del cuerpo, y especialmente en el pecho. La salvación consiste en renunciar a una alimentación excesiva y contentarnos con la comida de un cartujo o de los pueblos primitivos.

De lo contrario se llegará a un estado de cosas en que todas las mujeres, al llegar a la edad de treinta y cinco o cuarenta años, tendrían que someterse, como medida de precaución, a la extirpación de sus órganos reproductivos, como particularmente expuestos al cáncer, y también entonces habría que pensar en la manera de extirpar a los hombres órganos equivalentes, si es que los tuvieren.

El dilema nos lo plantea una de las eminencias médicas del mundo: «O ascetas o cancerosos». O renunciamos a los placeres de la buena mesa, o el cáncer se nos come. Todas las guerras, incluso la social, tienen por objeto capacitar a los hombres para darse a diario una vida de gran hotel. Ya hay millones de gentes en el mundo que pueden darse el gusto de comer a diario tres o cuatro veces más de lo que realmente necesitan. La casi totalidad de nuestras clases medias se encuentra en este caso. El ideal de cada pueblo es ser tan rico como el de los Estados Unidos. Ved ahora a donde conduce ese ideal. De todas las enfermedades no hay ninguna más dolorosa, más horrible, más odiosa que el cáncer.

¿Y no hay, acaso, una retribución cruelmente justiciera, fantásticamente merecida, en esta perspectiva del cáncer, al final del camino que han emprendido los pueblos modernos? El cáncer no es otra cosa que una sedición, un amotinamiento, una secesión de unas células nuestras, que se lanzan a vivir por su cuenta, sin atenerse al respeto debido a los órganos superiores. Es una huelga general, un pronunciamiento, una afirmación de autonomía. Científicamente dicho, una reversión a un tipo primitivo de multiplicación y de existencia. Algo que debiera ser un pedazo de nuestro organismo y que se niega a servirnos de órgano para afirmar su personalidad, alzándose contra nosotros como Prometeo contra Júpiter, o como Lucifer contra Jehová, y convirtiéndose en una ley para sí mismo.

Es lo mismo que hace la nación moderna cuando somete el interés universal a su propio interés, lo mismo que se hace al proclamar el reino de la lucha de clases, lo mismo que se hizo al cifrar el ideal en que cada uno viva su vida como quiera o se busque libremente la felicidad, como dice la Constitución norteamericana. Lo que hacemos contra el orden universal nosotros los hombres, eso mismo hacen contra nosotros en los cánceres nuestras celdillas insubordinadas.

RAMIRO DE MAEZTU.

(*El Sol*, Madrid).

El porvenir del "Times"

Un periódico no es una industria como otra cualquiera, sino que lleva consigo un poder que trasciende sus transacciones económicas. Ha de ser también una Empresa, y si no logra cubrir gastos, su porvenir es inseguro; pero, además, ejerce una influencia que origina su poder extraeconómico. Esta es la razón de que los periódicos serán siempre codiciados, y tanto más codiciados cuanto mayor sea su prestigio.

Del reconocimiento de estos principios parte Mr. Astor, que es actualmente el mayor accionista del «Times», para revelar la decisión que ha adoptado a fin de impedir que en lo futuro pueda convertirse el gran periódico londinense en mero instrumento de las ambiciones de la persona que consiga adueñarse de la mayoría de sus acciones. Se trata, en suma, de evitar que otro lord Northcliffe se apropie del periódico. Sabido es que el famoso fundador del «Daily Mail» consiguió en los últimos años de su vida adueñarse de la mayor parte de las acciones del «Times». Durante los primeros años dejó que el «Times» siguiera siendo fiel a sus tradiciones de equilibrio e imparcialidad, dentro de su política conservadora. Pero en los últimos tiempos, quizás cuando lord Northcliffe estaba ya loco, «The Times» se convirtió en lo que pudo llamar Mr. Lloyd George «la edición a tres peniques del «Daily Mail». Al morir lord Northcliffe tuvo Mr. John Walter una opción condicional a comprar las acciones del muerto, y fué Mr. Astor quien ejercitó esa opción, con beneplácito de Mr. Walter.

Lo que va a hacer Mr. Astor para evitar que «The Times» pueda caer en lo futuro en las manos de otro lord Northcliffe es instituir, de acuerdo con Mr. Walter, un Comité de personas, elegidas entre las que ocupan las posiciones más elevadas de la Gran Bretaña, a las que se otorgará el poder de evitar que nadie pueda adquirir un interés preponderante en el periódico sin su aprobación. Estas personas, entre las cuales figurarán probablemente el «speaker» de la Cámara de los Comunes, el canciller de Justicia y el arzobispo de Canterbury, no ejercerán otro derecho que el del veto, en caso de que las acciones del periódico sean lanzadas al mercado. Ello no sería improbable si el periódico se llevase tan costosa y lujosamente como en los tiempos de lord Northcliffe, aunque la contingencia no sea inmediata, mientras estén las más de las acciones del periódico en manos de hombre tan lleno de espíritu público como el que revela la decisión de Mr. Astor.

Esta decisión contribuirá a llamar la atención acerca de la singular condición de los periódicos, que siendo empresas industriales, ejercen una acción que rebasa con mucho el mero radio económico. Algún día vendrá en que apenas se comprenderá un estado de cosas por el que la Prensa de un país como Inglaterra podía caer en manos de un hombre como lord Northcliffe, que era genio de la economía de los periódicos, pero que carecía de la cultura necesaria para darse cuenta de su trascendencia, y que al sentir su inmenso poder fué víctima de su manía de grandeza, que es el destino que los franceses atribuyen a los «primarios» con suerte, o sea los afortunados de la vida que sólo han recibido la educación primaria.

Tampoco se comprenderá el hecho de que no se hubiesen tomado las precauciones debidas para que la propiedad de los periódicos pudiese caer en manos de personas sin escrúpulos o de agentes extranjeros enemigos del propio país. Las gentes se asombrarán al enterarse de que las leyes trataban a los periódicos como si fuesen una industria cualquiera. La ejemplar resolución de Mr. Astor sirve para recordar a todos que *los periódicos son también un valor espiritual y que es interés grande de los pueblos el buscar la manera de que ese valor pueda mantenerse inmaculado.*

(*El Sol*, Madrid).

La representación del estudiante en los Consejos

La opinión autorizada del Dr. Carlos Vaz Ferreira

Ha poco hemos consultado al Maestro. Mostróse decidido partidario de la representación estudiantil en los consejos. Y aún de que sean los mismos estudiantes quienes deban ir a aquellas corporaciones.

Expresóse más o menos en el siguiente sentido: «Los estudiantes se conforman con demasiado poco. Se dicen revolucionarios: son tímidos».— Y se explicaba:

Un enfermo ante un médico, al describir su dolencia, suele hacer tres cosas: 1º Indica y dice lo que le duele. 2º Suele explicar la causa de su dolencia, afirmando que es tal o cual enfermedad y 3º Se aventura a señalar el remedio.

Los datos van gradualmente disminuyendo de valor. Los primeros datos son preciosos, insustituibles para el médico: es él a quien le duele y en su carne nadie tan capacitado como él para hablar de su dolor. La segunda categoría de datos, las causas, tienen algún valor aunque mucho menor. Finalmente, los últimos carecen casi de éste.

Tratándose de estudiantes en el segundo y tercer momento, disminuye el valor de la opinión del estudiante por su incompetencia en las cuestiones pedagógicas superiores o por la tendencia humana de seguir la vía del menor esfuerzo. En esta hermosa comparación funda el doctor Vaz Ferreira la necesidad de distinguir el derecho de los estudiantes a ser oídos. Por similitud con el primer momento de la comparación, debe ser limitado. Tiene un valor insustituible y precioso. Al estudiante se le debería oir siempre y de todas maneras.

El segundo derecho, sería el derecho de voto, que les aseguraría participación activa en los Consejos. Debe ser limitado, teniendo en cuenta que cuando se trata de causas y remedios, es ya sensiblemente menos valiosa e interesante su opinión.

(*Ariel*, Montevideo).

Noticiario

(1923)

La respuesta de don Enrique Molina al cuestionario del Repertorio Americano se publicó ya en el Nº 5 del tomo en curso.

Del señor Molina nos dice el poeta Arturo Torres Rioseco, ahora profesor en la Universidad de Minnesota, lo que sigue:

Enrique Molina es el «Educador» de Chile. Actualmente construye la Universidad de Concepción. Esta es una construcción material y espiritual. Enrique Molina ha viajado largamente por Europa y por los Estados Unidos y ha publicado libros de tendencias sociales y educacionales. Antaño le tachamos de moderado. Hoy sabemos que va hacia un franco radicalismo. Los espíritus embotellados—¡oh, diablo cojuelo!—de mi patria le niegan. Los jóvenes le aman. Es un maestro de juventud. Enrique Molina me dice en una reciente carta: «Amo mi tranquilidad espiritual». Enrique Molina no tiene derecho a esta tranquilidad. Debe luchar y ser ministro de educación y desde allí limpiar nuestra corrupción educacional. ¡Masonería, política, compadrazgo: he aquí el peligro! En Chile necesitamos otro ministro Vasconcelos.

Arturo Torres Rioseco

UNA REBELDIA EJEMPLAR Y DIGNA DE ELOGIO

Por qué me retiro de la Liga de Acción Social de Señoras y Señoritas Costarricenses.

Ilmo. Sr. Dr. don Otón Castro

Presente.

Ilustrísimo Señor:

Es mi deber avisar por este medio a V. S. I. y a las estimables señoras y señoritas a quienes tuve el honor de invitar a formar parte de dicha Liga, que me retiro de ella porque no puedo ni debo aceptar la siguiente condición, inserta en sus Estatutos: «d) *Las que se comprometan bajo juramento a acatar las disposiciones reglamentarias de la Liga;...*» Y más adelante, entre las obligaciones de las socias, dice: 6.—*Es prohibido hablar y consultar con personas ajenas a la Liga sobre asuntos que en ella se traten, a menos de haber recibido comisión del Directorio Supremo Específico para hacerlo.*

El día que yo crea, Ilustrísimo Señor, que el Padre don Rosendo de J. Valenciano es *infalible*, ese día me comprometeré bajo juramento a acatar, no sólo esas disposiciones reglamentarias de la Liga, sino también todas las que en adelante puedan ocurrírsele a dicho Padre, Director Eclesiástico de la Liga; pero hoy en día no creo en esa infalibilidad.

Protesto, pues, de esa imposición de su manera de querer y de pensar, pues no se trata de *esclavas*, sino de señoras y señoritas de que voluntariamente han ofrecido cooperar en tan grande obra de regeneración social. La obediencia siempre supone libertad y tiene un límite, como lo tiene la autoridad, porque si ésta manda contra la conciencia, no hay tal obediencia.

Allí, pues, no hay liga ni hay nada: lo que hay es una imposición de la manera de querer y de opinar de la autoridad.

De V. S. I. muy atenta servidora,

Margarita Truque

(*Diario del Comercio*, San José de C. R.)

GACETILLA BIBLIOGRAFICA

Un libro interesante

Puede decirse sin hipérbole que hasta la aparición de *Los Cauces*, obra recientemente dada a luz por Rómulo Manuel de Mora, no se había escrito la verdadera novela de costumbres norteamericanas; o para decirlo con más propiedad, no se había escrito en español, ningún libro de esta especie, que uniese la sencillez literaria a su verdad descriptiva.

El norteamericanismo, como el españolismo, han sido tan frecuentemente calumniados por escritores extranjeros, que los que han menester penetrar en sus psicologías antípodas, poco hallarían de bueno y exacto, como no fuese incursionando en las respectivas fuentes de origen. Pero esta facultad de investigación no está al alcance de todos; y he allí que la superficialidad o la fantasía, horras de justeza, correspondieran tan impropiamente a suplirla, a través de crónicas y libros que no han hecho sino desvirtuar el objeto que se perseguía.

A través de las páginas de *Los Cauces*, se comprueba que la vida en los Estados Unidos es una fuente de emociones viriles y de reacciones saludables, capaces de prestar noble orientación a todos los valores efectivos de nuestra raza, que tantos motivos enervan.

No debe creerse, sin embargo, que la novela del señor de Mora, constituya un franco elogio a los Estados Unidos. Nada de eso. Ni apología ni crítica. El autor se ha limitado a exponer cuanto observase, verosímil,

llana y emotivamente, dejando los comentarios al lector. La verdadera ponderación de perspectivas, abarcados el punto de vista norteamericano y el nuestro, está hecha, con más elocuencia, por el mismo personaje del libro.

Es éste, el hombre civilizado y práctico, de hoy, forjado en la lucha, templado en la adversidad, y así fuerte, optimista y grande, hasta triunfar rotundamente. Sólo que para triunfar el vencedor de *Los Cauces*, hubo de desvestirse de muchos anacronismos, de muchas líricas consideraciones y de no pocos prejuicios. Por eso es que la novela de Rómulo Manuel de Mora es un libro de enseñanzas.

Huelga decir que el prestigio del autor de *Los Cauces* está respaldado por la alta posición que ocupa en los Estados Unidos, donde dirige la edición española de *Pictorial Review*. La prensa hispano-americana, ha acogido con optimismo el nuevo volumen literario, de lo que dan medida algunos de sus conceptos críticos que publicamos en extracto:

A B C, Madrid.—«...Es un libro fuerte, consolador, original, recio, sano. Es algo distinto de lo de todos los días...»

El Universal, México.—«...Es un documento humano de gran valor, que tiene el poder de transportarnos al lugar de la acción...»

Diario de la Marina, Habana.—«Como en otras novelas del mismo autor, los personajes tienen un relieve extraordinario, son personas de carne y hueso, que se mueven a lo largo de la novela...»

El Comercio, Lima.—«...Hay descripciones sugerentes, reveladoras del gran poderío industrial y de las eficiencias prácticas de la vida en Yanquilandia...»

El Diario Español, Buenos Aires.—«...Las pinceladas vigorosas de un realismo horro de tendencias equívocas armonizan con el calor y la emotividad intensamente repartidos en una prosa llana...»

Nuevo Mundo, Madrid.—«...*Los Cauces* consolida el prestigio conseguido por el autor y es para éste una limpia y definitiva ejecutoria de novelista...»

Bohemia, Habana.—«...Sin pretensiones de gran novela, es superior a muchas de las producciones de los maestros de hoy...»

Noticias Literarias, Buenos Aires.—«...El contraste que forman en el alma la civilización norteamericana y la latina, y las reacciones que provoca, han inspirado al autor esta interesante novela de la vida yankee...»

Feminismo Internacional, Nueva York.—«...Muestra la verdad sobre los complejos aspectos de la vida de un gran pueblo, que tan distintos son de lo que superficialmente se conoce...»

A propósito de elecciones

...Cualquier forma de corrupción electoral, como sea notoria y tolerada, comporta la corrupción política de la nación y del Estado. Pensad en la compra de votos. Es la más inofensiva de las corrupciones, en cuanto su víctima inmediata no es más que el candidato comprador. Pero la compra es un delito; pero la impunidad para este delito envuelve la lenidad de la administración de justicia; pero el hecho de vender el voto significa la corrupción del ciudadano. Al corromperse el ciudadano se corrompe la nación. Pero al cerrar los ojos la justicia a un delito, se corrompen la justicia y el Estado. Si luego se quiere que la justicia sea justa con los demás delitos, ¿no se está pidiendo lo que aquel marido que quería que su mujer fuese una cortesana para él y un monstruo de virtud para los otros hombres?

...Pensemos en aquellos otros distritos que se logran mediante la concesión de ventajas oficiales inmerecidas: reparto de credenciales, obras públicas, carreteras parlamentarias, etc. Aquí evidentemente se dislocan los distintos servicios del Estado al objeto de ganar las elecciones. Y donde se obtienen los distritos con la remoción de Ayuntamientos y de Diputaciones, o con el alivio de ciertos impuestos, es toda la administración local o la de la Hacienda lo que se sacrifica al deseo de ganar las elecciones. Aparte de que en cada una de estas manipulaciones se pierde algo de fe, algo de esperanza, algo de ese factor inmaterial, la confianza en la justicia, que con ser imponderable constituye, sin embargo, a la hora del peligro, el poder de un Estado.

...Cuando el sufragio es sincero, el parlamentario encuentra su acicate en el deseo de que sus electores le confirmen en elecciones sucesivas el honor conferido; ¿pero qué respeto puede sentir hacia el sufragio el hombre que ha comenzado por comprarlo, coaccionarlo o falsearlo? Si para alcanzar el acta ha habido que empezar por corromper al Estado para corromper luego a la nación, ¿no es demasiado cándido esperar que el poder sobre el Estado, que representa el acta, se emplee en servir el bien público, antes que a los propios intereses? Verdad que nuestra política ofrece frecuentemente el caso de próceres que desinteresadamente la han servido. Es que la sanidad privada de los españoles suele sobreponerse a su corrupción pública.

También hay corrupción parlamentaria en otros pueblos. Al amparo de las banderas y los credos, intereses privados sacrifican en todos los países los intereses públicos. Pero las banderas y los credos mantienen en los pueblos el interés hacia la cosa pública, y ese interés general es el secreto del poder inmenso con que las democracias actúan, tanto en la paz como en la guerra, cuando se interesan en alguna causa. Nuestro régimen excluía el interés popular hacia ninguna causa. La vida política de nuestros jefes y subjefes se consume en servir el interés de los amigos y el de los distritos. No tienen tiempo para interesarse por causa alguna que no sea personal.

RAMIRO DE MAEZTU.

(*El Sol*, Madrid).

...Pero, antes, lícito nos será renovar nuestra fe en los ideales permanentes de nuestra vida. El caminante, en la noche tempestuosa, alza su mirada a la negra cortina de nubes, porque sabe que, detrás de ellas, subsisten intactas las mismas constelaciones de luz que ayer le guiaron y que mañana volverán a señalarle la ruta.

Recuerdo el precepto del viejo Tolstoy. Los pájaros caminan a ras de tierra; pero cuando algo inusitado o extraordinario les sorprende, elevan el vuelo, salvándose en las altas regiones. En las horas confusas o difíciles, ante sucesos de gravedad histórica, olvidemos los momentáneos prejuicios y las alternadas mudanzas, las conveniencias sociales y los intereses políticos, y levantemos los corazones a la clara región de los grandes ideales.

Hoy, como siempre, creo en la libertad. Creo que sin libertad no hay verdadera cultura en las conciencias, ni moralidad verdadera en las costumbres públicas. Los organismos del Estado, las clases y grupos sociales, progresan en la medida en que se someten al libre examen y al juicio crítico de sus conciudadanos.

Hoy, como siempre, creo que la corrupción y el caciquismo nacen de la falta de opinión pública. El régimen político que los extirpe habrá de ser un régimen basado en la opinión, un régimen que la respete, suscite y acate.

Más que nunca creo en la Justicia, superior a la fuerza, y en el Derecho, superior al hecho. Más que nunca creo en el Espíritu y en la virtud del pensamiento libre, que es su reflejo, y en la eficacia de la libre palabra, que es su imagen, y en el valor de la civilización moral, que es su obra. Mientras el orbe contemporáneo fluctúa entre opuestas negaciones, creo, más que nunca, en la libertad, que es cultura, y en la cultura, que es libertad. Y si llegara un tiempo, amigos míos, en que el mundo entero repudiase este ideal, aun entonces nosotros le seríamos fieles, para que siquiera continuara viviendo, latente, en el fondo de algunas conciencias ignoradas...

LUIS DE ZULUETA.

(*La Libertad*, Madrid).

Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica